

“Imitando el Ejemplo de la Santísima Virgen María y San Juan Diego”
Homilía para la Misa Arquidiocesana en Honor a la Virgen de Guadalupe
9 de diciembre de 2017

Introducción

¿... no estoy aquí yo, que soy tu madre? Conocemos bien estas palabras: son las palabras que la Santísima Virgen María le dirigió a San Juan Diego cuando estaba desesperado porque el mensaje que le había confiado no fue aceptado por las autoridades de su lugar. Para ser completo, esto es lo que ella le dijo:

Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón, no temas esa ni ninguna otra enfermedad o angustia. ¿Acaso no estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester?

La Promesa de la Santísima Virgen

Esta es la promesa, la seguridad, que nuestra Señora le da a Juan Diego durante su tiempo de angustia. Y la angustia es lo que sentía: era pobre, indígena, analfabeto; no se sentía digno de llevar el mensaje de la Virgen al obispo, y, de hecho, nadie le creyó al principio. De hecho, los asistentes del obispo incluso le hicieron irrazonablemente difícil tener una audiencia con él. Pero Juan Diego era el que ella eligió, él era su hijo favorito, por lo que le dio la promesa de que ella estaba con él y que ella se ocuparía de él, incluso en sus momentos de angustia. Todo estaría bien, porque ella lo mantiene bajo su sombra y protección, dentro de la ventura de su regazo.

Ella podía darle esta seguridad porque ella misma tenía esta experiencia personal, conocía la angustia en su vida que provenía de ser la hija favorecida de su Padre celestial al realizar Su plan de salvación. En la primera lectura de nuestra Misa hoy escuchamos acerca de una mujer envuelta por el sol, y de un enorme dragón que buscaba devorar a su hijo. Como dice la lectura, “la mujer huyó al desierto, a un lugar preparado por Dios.”

Esto es indicativo de todo lo que ella sufrió para cumplir la voluntad de Dios para ella y para el mundo entero, y la protección especial que Dios le dio: en el momento de dar a luz a su Hijo, ella era una migrante y sin hogar; poco después de su nacimiento, tuvo que huir con el niño y su esposo a Egipto para proteger a su bebé de la autoridad local que buscaba matarlo; más

adelante en la vida, su Hijo se fue de la casa para comenzar su ministerio público, cuando una vez más las autoridades locales lo vieron como una amenaza y comenzaron a idear un plan para deshacerse de él; ella tuvo que soportar el dolor incomparable de ver a su Hijo condenado, torturado y ejecutado, estando junto a él hasta el final.

Sirviendo al Otro

Sí, ella sufrió mucho para ser la Madre del Hijo de Dios; y, sin embargo, ella siempre estaba lista para ayudar a otros. Vemos un claro ejemplo de esto en la lectura del Evangelio de nuestra Misa hoy: en cuanto recibió la noticia de que iba a ser la Madre del Hijo de Dios, “se encaminó presurosa a un pueblo de las montañas de Judea, y entrando en la casa de Zacarías, saludó a Isabel.” Isabel era su prima, la madre de San Juan Bautista, el precursor de nuestro Señor, a quien llevaba dentro de su vientre. Es decir, la Virgen fue inmediatamente a compartir la buena noticia de salvación con su pariente, y se quedó con ella durante varios meses para ayudarla en su necesidad, ya que a la misma Isabel se le dió un parto milagroso, siendo anciana y ahora esperando a un hijo. Isabel ciertamente tenía algunas necesidades muy apremiantes en su situación única, y la Virgen María estaba allí para ayudarla, incluso con todo lo que estaba sucediendo en su propia vida.

Esta es una lección importante para nosotros: no importa cuán grande sea la angustia que uno siente en sí mismo; siempre podemos mostrar amor hacia los demás. No importa cuán vulnerables o sin importancia uno puede sentir, siempre podemos amar a Dios mostrando amor hacia otros y sirviéndolos. Esto es lo que lo hace a uno grande a los ojos de Dios, y eso es todo lo que importa. Aprendamos, entonces, esta lección de la Santísima Virgen María y de su hijo predilecto, San Juan Diego.

Para aquellos que están sufriendo angustia en este momento debido al clima político actual, recuerden cuán grande ustedes son a la vista de Dios cuando confían en Él y continúan mostrando su amor por Él en su amor y servicio a los demás. Y a aquellos en nuestra Arquidiócesis que vienen en ayuda de nuestros hermanos y hermanas que experimentan tal angustia, quiero expresar una palabra de gratitud profunda. Ustedes están reconociendo y cumpliendo la voluntad de Dios en sus propias vidas, haciendo que las garantías que nuestra Señora le dio a Juan Diego sean muy reales y sentidos en las vidas de aquellos que son más queridos a ella y a todos nosotros.

Conclusión

Sí, nuestra Señora sufrió mucho para cumplir la voluntad de Dios. Pero el sufrimiento es solo una parte de la historia: tiene que ver con un conjunto de misterios del rosario, los misterios dolorosos. En esos misterios contemplamos los sufrimientos de nuestro Señor y su Madre. Pero también están los misterios gozosos y los gloriosos. El gozo existe donde hay amor, donde hay una atención cuidadosa para servir al otro, incluso en medio de la angustia.

Cuando nació Jesús, María y José fueron migrantes y desamparados, nadie los acogió. Sin embargo, este es un misterio gozoso, porque el nacimiento de este niño significa que el amor salvador de Dios ha entrado en este mundo. Y entró en este mundo por el bien de nuestra salvación. El ciclo de rezar el rosario termina con los misterios gloriosos, y, en particular, los misterios por los cuales la Virgen comparte la gloria de su Hijo: su Asunción corporal al cielo y su Coronación como Reina del cielo y la tierra. La gloria de Dios se nos revela cuando reconocemos la voluntad de Dios y lo hacemos, sin importar lo que cueste.

Por lo tanto, enfoquemos nuestras vidas en hacer la voluntad de Dios al compartir su amor con los demás en las circunstancias concretas de nuestras vidas. Es así que podremos confiar en ella que está aquí, que es nuestra Madre, que nos mantiene bajo su sombra y protección, quien es nuestra salud y nos mantiene en su regazo. En verdad, no tenemos más que menester.